

## SAN ANSELMO Y SAN ALBERTO MAGNO

### San Anselmo de Canterbury (1033-1109)

San Anselmo era originario de Aosta, en el Piamonte, en Italia, donde nació en el año 1033. A pesar de ello es más comúnmente conocido como san Anselmo de Canterbury, al haber sido arzobispo de dicha ciudad durante algunos años, donde murió en 1109. Su educación corrió a cargo de los benedictinos, luego de una experiencia poco afortunada con el primero de los profesores a los que fue encomendado, al no haberle sabido transmitir el aprecio por los estudios.

A los quince años intentó ingresar en un monasterio, impidiéndoselo su padre, que le tenía reservados otros menesteres más mundanos; pero luego de haberse sometido a su voluntad, y haber olvidado durante algún tiempo sus inclinaciones religiosas, ingresó a los 27 años en el monasterio de Bec, en Normandía, donde se convirtió en amigo y discípulo del Abad Lanfranco. Posteriormente fue nombrado él mismo Abad de dicho monasterio, donde compuso dos de sus obras más conocidas: El Monologion, meditación teológico-filosófica sobre las razones de la fe, en donde nos presenta algunas pruebas de la existencia de Dios, propias de la tradición agustiniana, y el Proslogion, donde encontramos el llamado "argumento ontológico", que constituye la aportación más original de san Anselmo a la filosofía medieval.

En 1092 se dirigió a Inglaterra, a Canterbury, donde luego de varias negativas a aceptar el cargo, fue nombrado arzobispo de la sede, ejerciendo como tal hasta su muerte, a pesar de verse obligado a abandonar la ciudad en varias ocasiones, por diversos conflictos mantenidos con Guillermo el Rojo y, posteriormente, con Enrique I. San Anselmo de Canterbury fue uno de los filósofos más relevantes de la tradición agustiniana, por lo que debemos situarlo en la esfera de influencia filosófica del platonismo. No obstante, sus preocupaciones fundamentales eran de tipo religioso y espiritual. En este sentido concibe la filosofía como una ayuda para comprender la fe: hay una sola verdad, la revelada por Dios, que es objeto de fe; pero la razón puede añadir comprensión a la fe y, así, reforzarla. La expresión "credo, ut intelligam" resume su actitud: la razón sola no tiene autonomía ni capacidad para alcanzar la verdad por sí misma, pero resulta útil para esclarecer la creencia. La razón queda situada en una relación de estricta dependencia con respecto a la fe.

En su obra "Monologion" San Anselmo había presentado ya algunos argumentos sobre la demostración de la existencia de Dios, acompañando a otras reflexiones de carácter marcadamente teológico. La demostración que nos ofrece en el "Proslogion" fue motivada, según sus propias palabras, por la petición de sus compañeros benedictinos de reunir en un solo argumento la fuerza probatoria que los argumentos presentados en el "Monologion" ofrecían en conjunto. Con esta prueba, conocida como "argumento ontológico", San Anselmo pretende no sólo satisfacer dicha petición sino también dotar al creyente de una razón sólida que el confirme indudablemente en su fe. El argumento en cuestión lo formula San Anselmo como sigue, en el capítulo II del Proslogion:

"Así, pues, ¡oh Señor!, Tú que das inteligencia a la fe, concédeme, cuanto conozcas que me sea conveniente, entender que existes, como lo creemos, y que eres lo que creemos. Ciertamente, creemos que Tú eres algo mayor que lo cual nada puede ser pensado.

Se trata de saber si existe una naturaleza que sea tal, porque el insensato ha dicho en su corazón: no hay Dios. Pero cuando me oye decir que hay algo por encima de lo cual no se puede pensar nada mayor, este mismo insensato entiende lo que digo; lo que entiende está en su entendimiento, incluso aunque no crea que aquello existe.

Porque una cosa es que la cosa exista en el entendimiento, y otra que entienda que la cosa existe. Porque cuando el pintor piensa de antemano el cuadro que va a hacer, lo tiene ciertamente en su entendimiento, pero no entiende todavía que exista lo que todavía no ha realizado. Cuando, por el contrario, lo tiene pintado, no solamente lo tiene en el entendimiento sino que entiende también que existe lo que ha hecho. El insensato tiene que conceder que tiene en el entendimiento algo por encima de lo cual no se puede pensar nada mayor, porque cuando oye esto, lo entiende, y todo lo que se entiende existe en el entendimiento.

Y ciertamente aquello mayor que lo cual nada puede ser pensado, no puede existir sólo en el entendimiento. Pues si existe, aunque sólo sea también en el entendimiento, puede pensarse que exista también en la realidad, lo cual es mayor. Por consiguiente, si aquello mayor que lo cual nada puede pensarse existiese sólo en el entendimiento, se podría pensar algo mayor que aquello que es tal que no puede pensarse nada mayor.

Luego existe sin duda, en el entendimiento y en la realidad, algo mayor que lo cual nada puede ser pensado." El argumento ontológico fue llamado así por primera vez por Kant (s. XVIII), y ha sido uno de los argumentos más polémicos de la historia de la filosofía. Filósofos de la talla de Descartes y Hegel lo consideran válido y lo introducen en sus respectivos sistemas. Otros, como Sto. Tomás, Hume y Kant, rechazarán la validez del

argumento, negando su fuerza probatoria. San Anselmo introduce el argumento en el contexto de una plegaria a Dios y su estructura lógica puede resumirse como sigue:

Concebimos a Dios como aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, y esa idea de Dios es comprendida por cualquiera.

Pero aquello mayor que lo cual nada puede pensarse debe existir no sólo mentalmente, en la idea, sino también extramentalmente, en la realidad, pues siendo la existencia real una perfección, será más perfecto ("mayor que..") el ser existente en la realidad que otro que posea los mismos atributos pero que sólo exista mentalmente; de otro modo caeríamos en una flagrante contradicción, lo que no puede ser aceptado por la razón.

En consecuencia, Dios existe no sólo en la mente (como idea) sino también extramentalmente, en la realidad.

La premisa mayor presenta simplemente, según San Anselmo, la idea de Dios, la idea que tiene de Dios un hombre, aunque niegue su existencia. La premisa menor está clara, puesto que si aquello mayor que lo cual nada puede pensarse existiese sólo en la mente no sería aquello mayor que lo cual nada puede pensarse. Algo más grande podría pensarse, a saber, un ser que existiese en la realidad extramental y no únicamente en la idea.

El argumento se desarrolla, pues, a partir de una definición de Dios que, a juicio de San Anselmo, puede ser comprendida y aceptada por cualquiera. En un segundo momento se centra en el análisis de esa misma idea y en sus implicaciones, recalcando el absurdo que resultaría de concebir mentalmente un ser perfecto y negarle la mayor perfección: la existencia. Concluye afirmando la existencia necesaria de Dios como una exigencia de la razón para evitar tal absurdo. Todo el desarrollo del argumento transcurre en el ámbito del pensamiento, progresando de la simple idea a la necesidad de admitir la existencia de Dios, sin apelar a otra instancia que a la razón y a uno de sus principios fundamentales: el de no admitir la contradicción.

**Gaunilon**, monje contemporáneo de San Anselmo, critica en el "Liber pro insipiente" la validez del argumento alegando que el paso de lo ideal (lo pensado) a lo real (lo existente) no está justificado, dado que dichos elementos no son homogéneos. Para explicar la ilegitimidad del mismo se sirve de una metáfora: supongamos que alguien tiene la idea de unas Islas Afortunadas perfectas y paradisíacas, y concluye que, a partir de tal idea, deben existir necesariamente debido a su perfección, pues la existencia es una perfección. Nadie daría crédito a la persona que argumentara de tal modo y pretendiera demostrar así la existencia de dichas islas, resultando clara la ilegitimidad del argumento, tal como ocurre con la prueba anselmiana de la existencia de Dios.

San Anselmo replica a Gaunilon destacando lo impropio de la comparación. En primer lugar, no se puede equiparar la existencia de Dios, inmaterial, con la existencia de las Islas Afortunadas, materiales. En segundo lugar, Dios es un ser necesario, mientras que las Islas son contingentes, por lo que no hay en su idea (concepto) nada que nos conduzca a pensarlas como necesarias y, por lo tanto, como existentes. Pero si esto es así, entonces san Anselmo introduce ya en la idea de Dios exigencias metafísicas, como la existencia de seres contingentes y un ser necesario, o la organización de lo real en distintos grados de ser, alejándose del punto de partida del argumento, que debería ser la idea de Dios que cualquiera pueda concebir en su mente, suponiendo ya así la idea de la que se parte lo que se debería demostrar.

Parece entonces que la idea de Dios que pide al principio de su prueba San Anselmo no es la que puede tener cualquiera en su mente, sino que supone compartir varios presupuestos doctrinales o filosóficos, entre los que se han destacado los siguientes:

- a) Partir de la idea de Dios suministrada por la Revelación.
- b) Identificar el orden lógico con el real.
- c) Concebir la existencia divina como un simple atributo de su esencia.

Por esta razón Sto. Tomás rechazará la validez del argumento, eligiendo un dirección totalmente opuesta a la de San Anselmo en sus cinco pruebas en las que tomará la experiencia, la realidad sensible, como el punto de partida de su argumentación, siguiendo su formación aristotélica, que no acepta otro punto de partida del conocimiento sino la experiencia.

Respecto al tema de la creación del mundo, otra de las cuestiones teológicas de las que se ocupó la filosofía medieval, San Anselmo la trata en los capítulos 7 y 8 del "Monologion", siguiendo las pautas trazadas por la tradición agustiniana. La idea de creación es extraña al pensamiento griego, y no hay posibilidad de encontrar entre ninguno de sus filósofos referencias útiles al tema, sino más bien numerosos argumentos sobre la imposibilidad de concebir racionalmente el paso del ser al no ser, o del no ser al ser. No obstante, el intento de conciliar la filosofía con la teología cristiana, aunque la filosofía fuera considerada sólo como un instrumento o una "sierva" de la teología, lleva a los filósofos medievales a buscar alguna solución, que difícilmente puede mantenerse sin aceptar el recurso a lo extraordinario: la creación, para San Anselmo es, pues, obra de Dios, y tuvo lugar "ex nihilo", a partir de la nada. Ello no debe interpretarse como si la nada fuese la causa de la creación, nos dice: la causa de la creación es Dios. Tampoco debe interpretarse la nada como si fuese "algo" indeterminado, o una materia preexistente sobre la que Dios actuara al modo del Demiurgo platónico. La creación es un acto libre de Dios mediante el cual el mundo es traído a la existencia de un modo radical, absoluto, originario.

## **San Alberto Magno, un gigante de la Ciencia**

**José Ignacio Saranyana**

San Alberto Magno, Doctor Universal de la Iglesia Católica. Casi ochenta años vivió el sabio dominico alemán, nacido en Bollstadt, una pequeña aldea bávara. Casi ochenta años, que dedicó a poner al alcance de los medievales la ciencia acumulada hasta entonces por los griegos y por sus discípulos los árabes y judíos, traducida al latín en Toledo, Nápoles, Salerno y Ripoll. El séptimo centenario de su muerte fue celebrada por el Romano Pontífice Juan Pablo II recogiendo en oración en la cripta de la iglesia de San Andrés, a escasa distancia de la catedral de Colonia, donde reposan los restos de San Alberto.

### **UN GIGANTE DE LA CIENCIA**

Como dijo Gilson, Alberto Magno se abalanzó sobre el saber greco-árabe con el gozoso apetito de un gigante de buen humor. Escribió de todo, porque disfrutaba haciéndolo. Y así su producción literaria adquirió unas proporciones no superadas por nadie, al menos que me conste: 38 gruesos volúmenes en la edición de Borgnet (Paris 1890-1899). ¡Ciento cincuenta años! han calculado los investigadores del Instituto Albertino (Bonn) que tardarán en terminar la edición crítica de sus escritos, según me confesaba, desolado, el P. Kübel, su actual director. Entre las obras albertinas -que supondrán cuarenta tomos in folio, algunos divididos en varios volúmenes, de la nueva edición coloniense- se cuentan tratados de lógica, metafísica, matemáticas, física y química, medicina y astronomía, fisiología animal, filosofía y teología, y comentario a los antiguos, sin excluir varios ensayos sobre saberes prácticos, como un manual del perfecto jardinero.

Fue tan pulcro en sus descripciones, y tan deseoso de que sus experiencias pudieran ser útiles a la posteridad, que todavía hoy, al cabo de tantos siglos, es posible reproducir en un laboratorio sus técnicas químicas.

Recientemente me contaba el gran arabista George Anawati, que había instalado en El Cairo un pequeño local donde llevaba a cabo las prácticas albertinas con éxito total. Su meticulosidad fue proverbial: «Yo mismo lo he experimentado -escribía Alberto-. Pues algunas veces me puse en camino para visitar minas metalíferas muy alejadas y experimentar directamente las propiedades de los metales».

### **PADRE DE LA INTELLECTUALIDAD CRISTIANA**

La carrera intelectual de San Alberto suele dividirse en cuatro etapas. Un primer período teológico, vivido en Alemania y en París (1228-1248); un segundo momento, transcurrido en Colonia, en que estuvo interesado por la cultura griega post-romana (Pseudo-Dionisio, por ejemplo), y durante la cual fue además el maestro de Santo Tomás de Aquino (1248-1254); los años en que anduvo a vueltas con la filosofía aristotélica y con los escritos de Boecio (1254-1270), y, finalmente, la segunda etapa teológica (1270-1280), en la que redactó ya pocas obras, agotado como estaba por tan dilatada e intensa existencia, aunque todavía tuvo fuerzas para dictar su magna Suma de Teología. A todo ello deberíamos añadir su actividad diplomática al servicio de la Santa Sede (predicador de las Cruzadas), su labor interna como organizador de los estudios dominicanos, y su consagración episcopal para la sede de Ratisbona.

No es fácil destacar aspectos del saber científico en que San Alberto haya aportado verdaderas novedades. Fue fundamentalmente un recopilador, un curioso de la especulación, un apasionado de la naturaleza y de la cultura antigua. En algunas disciplinas, su obra no pasa de ser, después de setecientos años, un momento histórico del progreso científico. Sus aportaciones más interesantes se hallan en el campo de la filosofía y de la teología, porque preparó el material que habría de usar Santo Tomás para su genial síntesis, que Alberto conoció y defendió, aunque nunca llegó a comprender... Pero en todo caso, San Alberto queda, para nuestra generación, como el testimonio de esa actitud cristiana hacia la ciencia, que Juan Pablo II ha subrayado, en su importante discurso en la Catedral de Colonia, abarrotada hasta lo inverosímil por estudiantes y catedráticos alemanes de todas las Universidades.

### **San Alberto Magno**

Conocido como Alberto el Grande, científico, filósofo y teólogo, nacido en el año 1206; murió en Colonia, el 15 de Noviembre de 1280. Fue llamado "el Grande" y "Doctor Universalis" (Doctor Universal) en reconocimiento a su genio extraordinario y extenso conocimiento y porque fue perito en todas las ramas del aprendizaje cultivado en su tiempo, sobrepasando a todos sus contemporáneos, excepto, quizás a Roger Bacon (1214-94) en el conocimiento de la naturaleza. Un contemporáneo, Ulrich Engelbert lo llamó la maravilla y el milagro de su época: "Vir in omni scientia adeo divinus, ut nostri temporis stupor et miraculum congrue vocari possit" (De summo bono, tr. III, iv).

#### **I. Vida**

Alberto, el hijo mayor del Conde de Bollstädt, nació en Lauingen, Suabia, en el año 1205 o 1206, aunque muchos historiadores lo ubican en el año 1193. Nada cierto se sabe de su educación primaria o preparatoria, la cual fue recibida ya sea bajo el techo paternal o en una escuela del barrio. En su juventud fue enviado a continuar sus estudios en la Universidad de Padua; ciudad que fue escogida ya sea porque su tío residía en ella o porque Padua era famosa por su cultura y artes liberales, por lo cual el joven suabo tenía una predilección. La

fecha de su partida a Padua no ha sido posible determinar con precisión. En el año 1223, se unió a la orden de Santo Domingo, atraído por el discurso del Bendito Jordán de Sajonia, segundo Maestro General de la Orden. Los historiadores no nos pueden decir si los estudios de Alberto continuaron en Padua, Boloña, París o Colonia. Una vez completados sus estudios, enseñó teología en Hildesheim, Friburgo (Breisgay), Ratisbon, Straburgo y Colonia. Se encontraba en el convento en Colonia, interpretando el “Libro de las Sentencias” de Peter Lombard cuando, en 1245, se le ordenó partir a París. Allí, recibió el grado de Doctor en la universidad que, sobre todas las demás, fue celebrada como una escuela de teología. Fue durante este período de logro en Colonia y París que se contaba entre sus oyentes Tomás de Aquino, entonces un joven silencioso y pensativo, cuyo genio fue reconocido y cuya futura grandeza predijo. El discípulo acompañó a su maestro a París en 1245, regresando con él en 1248 al nuevo *Studuim Generale* de Colonia, donde Alberto fue nombrado Regente, mientras Tomás se convirtió en segundo profesor y *Magister Studentium* (Maestro de estudiantes). En 1254, Alberto fue elegido Provincial de su Orden en Alemania. Viajó a Roma en 1256 a defender a las Ordenes de los Mendicantes contra los ataques de William de San Amour, cuyo libro “De novissimis temporum periculis” fue condenado por el Papa Alejandro IV, el 5 de Octubre de 1256. Durante su permanencia en Roma, Alberto ocupó la oficina de Maestro del Palacio Sagrado (instituido en la época por Santo Domingo) y predicó sobre el Evangelio de San Juan y las Epístolas Canónicas. Renunció a la oficina Provincial en 1257 para dedicarse al estudio y la enseñanza. En el Capítulo General de los Dominicos, sostenido en Valencia en 1250, junto a Tomás de Aquino y Pedro de Tarentasia (luego, Papa Inocente V), estableció las reglas para la dirección de estudios y la determinación del sistema de graduación de la Orden. En el año 1260 fue nombrado Obispo de Ratisbon. Humberto de Romanis, Maestro General de los Dominicos fue renuente a perder los servicios del gran Maestro, se esforzó en evitar su nombramiento, aunque no tuvo éxito. Alberto gobernó la diócesis hasta el año 1262 cuando, luego de aceptada su renuncia, voluntariamente reasumió los deberes de profesor en el *Studuim* en Colonia. En el año 1270, envió un informe a Santo Tomás combatiendo a Siger de Brabante y los Averroístas. Este era su segundo tratado especial contra el comentador árabe, el primero había sido escrito en 1256 bajo el título “De Unitate Intellectus Contra Averroem”. Fue llamado por el Papa Gregorio X para asistir al Concilio de Lyon (1274) sobre las deliberaciones donde tomó parte activa. El anuncio de la muerte de San Tomás en Fossa Nova, mientras precedía el Concilio, fue un duro golpe para Alberto y declaró que “La Luz de la Iglesia” había ido apagada. Naturalmente creció en él el amor por su distinguido y santo pupilo y se dice que luego de su muerte, no podía sino derramar lágrimas cuando se nombrada o se mencionaba a Santo Tomás. Algo de su viejo vigor y espíritu volvió en 1277 cuando se anunció que Esteban Tempier y otros deseaban condenar los escritos de Santo Tomás bajo el cargo que eran demasiado favorables a los filósofos ateos a si es que viajó a París a defender la memoria de su discípulo. Tiempo después de 1278 (año en el cual escribió su testamento) sufrió un lapso de memoria; su fuerte mente gradualmente se fue nublando; su cuerpo se debilitó con las vigiliass, la austeridad y numerosos trabajos hundiéndose bajo el peso de los años. Beatificado por el Papa Gregorio XV en 1622; su fiesta es celebrada el 15 de Noviembre. Los obispos de Alemania se reunieron en Fulda en Septiembre de 1872, enviando a la Santa Sede la petición de su canonización; finalmente canonizado en 1931.

## II. Trabajos

Se han publicado dos ediciones de los trabajos completos de Alberto (Opera Omnia); una en Lyon en 1651 en 21 volúmenes editados por el Padre Peter Jammy, O.P., y la otra en París (Louis Vivés), 1890-99 en 38 volúmenes, publicados bajo la dirección del Abad Augusto Borgnet, de la diócesis de Reims. Paul von Loe entrega una cronología de los escritos de Alberto, la “Analecta Bollandioada” (De vita et scriptis B. Albt. Magno, XIX, XX y XXI). El orden lógico fue dado por P. Mandonnet, O.P., en el Diccionario de Vacante “Dictionnaire de théologie catholique”. La siguiente lista indica los temas de sus variados tratados, y los números se refieren a los volúmenes de la edición de Borgnet. *Lógica* : siete tratados (1.2). *Ciencias Físicas*: “Physicorum” (3); “De Coelo et Mundo”, “De Generatione et Corruptione”. “Meteororum” (4); “Mineralium (5); “De Natura locorum”, “De passionibus aeris” (9). *Biológicos*: “De vegetabilibus et plantis” (10) “De animalibus” (11-12); “De motibus animalium”, “De nutrimento et nutribili”, “De aetate”, “De morte et vita”, “De spiritu et respiratione” (9). *Psicológicos*: “De Anima” (5); “De sensu et sensato”, “De Memoria, et reminiscentia”, “De somno et vigilia”, “De natura et origine animae”, “De intellectu et intelligibili”, “De unitate intellectus” (9). Los temas precedentes, con excepción de la Lógica, son tratados en compendio en la “Philosophia pauperum” (5). *Moral y Política*: “Ethicorum” (7); “Politocorum” (8). *Metaphysical*: “Metaphysicorum” (6); “De causis et processu universitatis” (10). *Teológicas*: “Comentarios sobre el trabajo de Denis el Aeropagita” (14); “Comentario a las Sentencias de Lombardo” (25-30); “Summa Theologiae” (31-33); “Summa de creaturis” (34-35); “De sacramento Eucharistiae” (38); “Super evangelium missus est” (37). *Exégetas*: “Comentarios sobre los Salmos y Profetas” (15-19); “Comentarios sobre los Evangelios” (20-24); “Sobre el Apocalipsis” (38). *Sermones* (13). El “Quindecim problemata contra Averroistas”, editado por Mandonnet en su “Siger de Brabant” (Freiburg, 1899). La autenticidad de los siguientes trabajos aún no ha sido establecida: : “De apprehensione” (5); “Speculum astronomicum” (5); “De alchimia” (38); Scriptum super arborem Aristotelis (38); “Paradisus animae” (37); “Liber de Adhaerendo Deo” (37); “De Laudibus B. Virginis” (36); “Biblia Mariana” (37).

## III. Influencia

La influencia ejercida por Alberto sobre los hombres de letras de sus propios días y aquellos de épocas

subsiguientes, fue naturalmente enorme. Su fama se debe en parte al hecho que él era un precursor, el guía y maestro de Santo Tomás de Aquino, aunque su grandeza fue por mérito propio y su distinción reconocida por sus contemporáneos y por la posteridad. Es notable que este fraile de la Edad Media, en el seno de sus muchos deberes como religioso, como provincial de su orden, como obispo y legado papal, como predicador de una cruzada, también realizaba muchos viajes trabajosos desde Colonia a Paris y Roma y frecuentes excursiones a distintos lugares de Alemania, pudo haber sido capaz de componer una verdadera enciclopedia, conteniendo tratados científicos en casi todos los temas, y desplegando un conocimiento de la naturaleza y de teología que sorprende a sus contemporáneos y aún incita la admiración de hombres peritos en nuestros propios tiempos. Era, por cierto, un *Doctor Universalis*. Sería justo decir de él: *Nil tetigit quod non ornavit*; y no hay exageración en los párrafos de la crítica moderna que escribió: "Sea él considerado como teólogo o como filósofo, Alberto era, sin lugar a dudas, uno de los extraordinarios hombres de su época; y podría decir, uno de los mas maravillosos hombres de genio que apareció en tiempo pasados" (Jourdain, Recherches Critiques). En los tiempos de Alberto, la Filosofía era una ciencia general que abrazaba todo aquello que puede ser conocido por las solas fuerzas naturales de la mente; física, matemáticas y metafísica. En su escritos, es verdad, no encontramos la distinción entre las ciencias y la filosofía lo cual es solo reciente. Sería, sin embargo, conveniente considerar su habilidad en las ciencias experimentales, su influencia sobre la filosofía escolástica, y su teología.

#### **IV. Alberto y las Ciencias Experimentales**

No es sorpresa que Alberto debió surgir desde las fuentes de información que en su tiempo habían, y especialmente sobre los escritos científicos de Aristóteles. Sin embargo, él decía: El ánimo de las ciencias naturales no es simplemente aceptar los juicios (narrata) de otros, sino la investigación de las causas que son ejercidas en la naturaleza" (De Miner., Lib. II, tr.ii,i) En su tratado de las plantas, arroja el siguiente principio: *Experimentum solum certificat in talibus* (El experimento es la única guía segura en tales investigaciones). (De Veg., VI, tr. ii, i). Profundamente versado como lo era en teología, él declara: "Al estudiar la naturaleza, no investigamos como Dios, el Creador puede, como él mismo libremente desea, usar a sus criaturas para realizar milagros y de éste modo mostrar su poder: sino, debemos preguntarnos qué es lo que la Naturaleza con sus causas inmanentes, puede naturalmente realizar" (De Coelo et Mundo, I, tr. iv, x). Y, aunque, en asuntos de ciencias naturales, él prefería a Aristóteles en vez de San Agustín (In 2, Sent. dist. 13, C art. 2), no titubeaba en criticar al filósofo griego " Quienquiera creer que Aristóteles fue un dios, también debe creer que nunca se equivocó. Pero si uno cree que Aristóteles fue un hombre, entonces, sin dudas, era posible para él el error como lo es para nosotros" (Physic. lib. VIII, tr. 1, xiv). De hecho, Alberto dedica un largo capítulo a lo que él llamó "los errores de Aristóteles" (Sum. Theol. P. II, tr. i, quaest. iv). En una palabra, su apreciación de Aristóteles, era crítica. Merece crédito no sólo por mostrar las enseñanzas científicas del Estagirita para atención de los académicos medievales, sino también por mostrar el método y el espíritu bajo el cual tales enseñanzas debían recibirse. Tal como su contemporáneo, Roger Bacon (1214-94), Alberto era un infatigable estudiante de la naturaleza y se dedicó enérgicamente a las ciencias experimentales con tal notable éxito que fue acusado de abandonar las ciencias sagradas (Enrique de Ghent, De Scriptoribus ecclesiasticis, II,x). Sin dudas, han circulado muchas leyendas que le atribuyen el poder de un mago o brujo. El Dr. Sighart (Albertus Magnus) examinó estas leyendas y se esforzó por escruñiar la verdad de las historias falsas o exageradas. Otros biógrafos se contentaban con hacer notar el hecho que la pericia de Alberto en las ciencias físicas fue el fundamento sobre el cual se construyeron las fábulas. La verdad radica entre los dos extremos. Alberto era asiduo en cultivar las ciencias naturales; era una autoridad en física, geografía, astronomía, mineralogía, química (alquimia), zoología, fisiología e incluso frenología. En todas estas materias era ampliamente erudito y muchas de sus observaciones tienen valor permanente. Humboldt pagó un alto tributo a su conocimiento sobre geografía física (Cosmos, II, vi). Meyer escribe (Gesch. Der Botanik): "Ningún botánico que viviera antes de Alberto se le puede comparar, a no ser por Theophrastus, a quién él no conocía; y luego de él nadie ha pintado la naturaleza con tales vivos colores o haberla estudiado tan profundamente hasta el tiempo de Conrad, Gesner y Cesalpini. Todos honraron, entonces, al hombre que hizo tales impresionantes progresos en la ciencia de la naturaleza, si ninguno, no diría notable, pero si quiera igual a él por el período de tres siglos. "La lista de sus trabajos publicados es suficiente vindicación del cargo de abandono de la teología y las Sagradas Escrituras. Por otro lado, expresó contento por todo aquello que sabía a encanto o al arte de la magia: "Non approbo dictum Avicennae et Algazel de fascinatione, quia credo quod non nocet fascinatio, nec nocere potest ars magica, nec facit aliquid ex his quae timentur de talibus" (Ver Quéatif, I, 167). Es evidente desde su propias palabras, que no era posible hacer oro por alquimia o por el uso de la piedra filosofal: "El arte sólo, no puede producir una forma sustancial" (Non est probatum hoc quod educitur de plumbo esse aurum, eo quod sola ars non potest dare formam substantialem -- De Mineral., lib. II, dist. 3). Roger Bacon y Alberto probaron al mundo que la Iglesia no se oponía al estudio de la naturaleza que la ciencia y la fe pueden ir de la mano; sus vidas y escritos enfatizaron la importancia de la experimentación y la investigación. Bacon fue infatigable y osado en la investigación; en ciertos momentos, también, su crítica era aguda. Pero, de Alberto dijo: "Studiosissimus erat, et vidit infinita, et habuit expensum, et ideo multa potuit colligere in pelago auctorum infinito" (Opera, ed. Brewer, 327). Alberto respetaba la autoridad y las tradiciones, era prudente al proponer los resultados de sus investigaciones y, por lo tanto "contribuyó mucho más que Bacon en el avance de la ciencia en el siglo XIII" (Turner, Hist. De la Filosofía). Su método para tratar

las ciencias fue histórico y crítico. Reunió en una vasta enciclopedia todo lo conocido en su tiempo, y luego expresó sus opiniones, principalmente bajo forma de comentarios sobre los trabajos de Aristóteles. A veces, sin embargo, vacilaba, y no expresaba su opinión, probablemente porque temía que sus teorías, las cuales eran avanzadas para su época, pudieran crear sorpresa y ser ocasión de comentarios desfavorables. "Dicta peripateticorum, prout melius potui exposui: nec aliquis in eo potest deprehendere quid ego ipse sentiam in philosophia naturali" (De Animalibus, circa finem). En Augusta Theodosia el excelente trabajo de Drane sobre "Escuelas Cristianas y Pupilos" (419 sqq.) hay algunas interesantes notas sobre "algunas visiones científicas de Alberto que muestran cuánto le debió a su propia observación sagaz del fenómeno natural, y cuán avanzado estaba en relación a su tiempo..." Hablando de las Islas Británicas, aludía a la comúnmente recibida idea que otra Isla – Tile o Tule – existió en el Océano Occidental, inhabitado por razón de su terrible clima "pero el cual" decía, tal vez aún no ha sido visitado por el hombre". Alberto dio una elaborada demostración de la esfericidad de la tierra; y se ha mencionado que su visión en este tema eventualmente condujo al descubrimiento de América (cf. Mandonnet, in "Revue Thomiste", I, 1893; 46-64, 200-221).

#### **V. Alberto y la Filosofía Escolástica**

Más importante que el desarrollo de Alberto de las ciencias físicas, fue su influencia sobre el estudio de la filosofía y la teología. Él, más que ningún otro gran escolástico que precediera a Santo Tomás, dio a la filosofía y la teología Cristiana la forma y método el cual, sustancialmente, se mantiene hasta nuestros días. En este sentido, fue el precursor y maestro de Santo Tomás, quien lo superó, sin embargo, en muchas cualidades requeridas de un perfecto Doctor Cristiano. En el sendero que otros siguieron, Alberto compartió la gloria de ser el pionero con Alejandro de Hales (m. 1245) cuya "Suma Teológica" fue la primera escrita luego que todos los trabajos de Aristóteles fueran generalmente conocidos en París. Su aplicación de los métodos aristotélicos y principios al estudio de la doctrina revelada, dieron al mundo el sistema escolástico el cual dio cuerpo a la reconciliación de la razón con la fe Ortodoxa. Luego del no ortodoxo Averroes, Alberto fue el principal comentador de los trabajos de Aristóteles, cuyos escritos estudió asiduamente, y cuyos principios adoptó para sistematizar la teología, a través de la cual pretendió la exposición y defensa de la doctrina Cristiana. La elección de Aristóteles como maestro produjo una fuerte oposición. Los comentarios Judíos y Árabes sobre los trabajos del Estagirita, habían despertado tantos errores en los siglos XI, XII y XIII, que por varios años (1210-25) el estudio de la Física y Metafísica de Aristóteles fue prohibida en París. Sin embargo, Alberto, sabía que Averroes, Abelardo, Amalrico y otros habían levantado falsas doctrinas desde los escritos del filósofo; más aún, él sabía que habría sido imposible rendir la marea de entusiasmo en favor de estudios filosóficos; y así resolvió purificar los trabajos de Aristóteles, del Racionalismo, Averroísmo, Panteísmo y otros errores y, por consiguiente, precisar la filosofía pagana para servir en la causa de la verdad revelada. En esto, él siguió el canon dejado por San Agustín (II de Doct. Christi, xl) quien declaró que las verdades encontradas en los escritos de filósofos paganos debían ser adoptadas por los defensores de la fe verdadera, mientras que su opiniones erradas debían ser abandonadas, o explicadas bajo un sentido Cristiano.. (See St. Thomas, Summa Theol., I, Q. lxxxiv, a. 5.) Todas las ciencias inferiores (naturales) deben ser servidoras (*ancillae*) de la Teología que es la superior y la ama (ibid., 1 P., tr. 1, quaest. 6). Contra el racionalismo de Abelardo y sus seguidores, Alberto puntualizó la distinción entre las verdades naturalmente conocibles y los misterios (ejemplo, La Trinidad y la Encarnación) las cuales no pueden ser sabidas sin la Revelación.

(ibid., 1 P., tr. III, quaest. 13). Hemos visto que escribió dos tratados contra el Averroísmo, los cuales destruyeron la inmortalidad individual y la responsabilidad individual, al enseñar que hay una alma pero racional para todos los hombres. El Panteísmo fue refutado junto con el Averroísmo cuando la verdadera doctrina de los Universales, el sistema conocido como el Realismo moderado, fue aceptado por los filósofos escolásticos. Esta doctrina fue basada por Alberto sobre la Distinción del universal *ante rem* (una idea o arquetipo en la mente de Dios) *in re* (existente o capaz de existir en muchos individuos) y la *post rem* (como un concepto abstraído de la mente y comparado con los individuos de los cuales puede ser predicado)

"Universale duobus constituitur, natura, scilicet cui accidit universalitas, et respectu ad multa. qui complet illam in natura universalis" (Met., lib. V, tr. vi, cc. v, vi). A.T. Drane (Madre Raphael, O.S.D.) dá una notable explicación de estas doctrinas (op.cit. 344-429). Aunque seguidor de Aristóteles, Alberto no abandonó a Platón: "Scias quod non perficitur homo in philosophia, nisi scientia duarum philosophiarum, Aristotelis et Platonis (Met., lib. I, tr. v, c. xv). Sería errado decir que fue meramente un "simio" (*simius*) de Aristóteles. En el conocimiento de las cosas Divinas, la fe precede la comprensión de la verdad Divina, la autoridad precede a la razón (I Sent., dist. II, a. 10); pero las materias que pueden ser conocidas naturalmente, un filósofo no debe mantener una opinión la cual él no esté preparado a defender con la razón (ibid., XII; Periherm., 1, I, tr 1, c i). La Lógica, de acuerdo a Alberto, es la preparación de la enseñanza de la filosofía de cómo debemos usar la razón para pasar de lo desconocido a lo conocido:

"Docens qualiter et per quae devenitur per notum ad ignoti notitiam" (De praedicabilibus, tr. I, c. iv). La filosofía es o contemplativa o práctica. La filosofía contemplativa abraza la física, matemáticas y metafísica; la filosofía práctica (moral) es monástica (para el individuo) doméstica (para la familia) o política (para el estado o sociedad). Excluyendo la física, ahora un estudio especial, los autores de nuestro tiempo aún retienen la vieja división escolástica de filosofía a lógica, metafísica (general y especial) y la Ética.

D.J. KENNEDY.